

CAPÍTULO VI

Historia de los galos. – Toma de Roma por éstos. – Encuentros que tuvieron con los romanos.

En un principio los galos dominaban no sólo este país, sino también muchos pueblos próximos, que el terror de su valor había sometido. Al cabo de poco tiempo (año -389), lograda una victoria sobre los romanos y otros que militaban en su ayuda, siguiendo por tres días tras los que huían, se apoderaron al fin de la misma Roma, a excepción del Capitolio. Mas la invasión de los vénetos en sus tierras les hizo desistir del empeño, concertar la paz con los romanos, restituirles

la ciudad y acudir a su patria. Viéronse después implicados en guerras civiles. La abundancia de que gozaban con respecto de sus vecinos excitó el deseo de algunos pueblos que habitaban los Alpes para atacarles y coligarse varias veces en su perjuicio. Mientras los romanos recobraron sus fuerzas y volvieron a ajustar sus diferencias con los latinos.

Treinta años después de tomada Roma (año -358), avanzaron los galos por segunda vez hasta Alba con un gran ejército. Los romanos no se atrevieron en esta ocasión a oponerles sus legiones, por haberles impedido el intento una invasión tan repentina y no haber tenido tiempo de congregar las tropas de los aliados. Pero repetida la irrupción al cabo de doce años (año -345), con numerosas fuerzas, los romanos, que habían presentado el golpe y convocado sus aliados, sálenles al encuentro con espíritu, resueltos a venir a las manos y aventurar su suerte. El buen ánimo de los romanos amedrentó a los galos y suscitó entre ellos diversidad de pareceres, por lo que, llegada la noche, hicieron una retirada a su patria con honores de huida. A este espanto siguieron trece años de quietud (año -332), transcurridos los cuales concertaron con Roma un tratado de paz a la vista del auge que su poder había tomado.

Treinta años hacía que vivían en una paz permanente cuando los transalpinos alzaron contra ellos las armas. Temerosos de que se les iba a suscitar una guerra perniciosa (año -302), apartaron de sí con presentes que les ofrecieron, y el parentesco que hicieron valer, el ímpetu de los que contra ellos se habían concitado, y estimularon su furor contra los romanos, acompañándoles en la empresa. Efectivamente, hecha una invasión por Etruria, y coligados con ellos los de esta nación, se apoderan de un rico botín y salen de la dominación romana sin que nadie los inquiete. Apenas habían llegado a sus casas, cuando la codicia de lo apresado provocó entre ellos un motín que les hizo perder la mayor parte del despojo y del ejército. Aunque esto es muy común entre los galos, luego que se han apropiado el bien ajeno, y especialmente cuando el vino y la comida los han privado de la razón.

Cuatro años después, unidos los samnitas y los galos, dieron una batalla a los romanos en el país de los camerinos, en la que dieron muerte a mucha gente. El desastre que acababan de recibir no sirvió sino para alentar más a los romanos. No mucho tiempo después salieron a campaña (año -295), y empeñada la acción con todas las legiones en el país de los sentinatos, pasaron a cuchillo a los más y el resto tuvo que retirarse precipitadamente cada uno a su patria.

Transcurridos diez años (año -285), llegaron los galos a sitiar a Arezzo con un gran ejército. Los romanos acudieron al socorro, vinieron a las manos a la vista de la ciudad y fueron vencidos. En esta jornada perdió la vida el cónsul Lucio, y M. Curio ocupó su lugar. Éste envió embajadores a los galos para el canje de prisioneros; mas ellos les quitaron la vida contra el derecho de gentes. Dejándose llevar de la ira los romanos, toman las armas al momento (año -284), se encuentran con los galos senones que les salieron al paso, los vencen en batalla, matan a los más, desalojan los restantes y se apoderan de toda la provincia. Aquí fue donde enviaron la primera colonia de la Galia, llamándola Sena, del mismo nombre de los galos que antes la habitaban. De esta

ciudad poco ha que hicimos mención, advirtiendo que estaba situada cerca del mar Adriático, al extremo de las llanuras que baña el Po.

A la vista de la caída de los senones, los boyos, temerosos de que por ellos y por su país no corriese la misma suerte, hicieron tomar las armas a todo el pueblo, y llamaron a los etruscos en su ayuda. Reunidos en el lago Vadimón, dieron una batalla campal a los romanos, en la que quedaron sobre el campo la mayoría de los etruscos y se salvaron muy pocos de los boyos. Al año siguiente, coligados otra vez estos pueblos, arman toda la juventud y vienen a las manos con los romanos. Mas una total derrota les hizo ceder a pesar de su espíritu, solicitar la paz a los romanos (año -283) y concertar con ellos un tratado. Todo esto sucedió tres años antes que Pirro pasase Italia y cinco años antes que los galos fuesen derrotados en Delfos. Por estos tiempos parece que la fortuna había infundido en todos los galos un cierto humor belicoso a manera de contagio. De estos choques resultaron a los romanos dos especialísimas ventajas, porque las derrotas que habían sufrido por parte de los galos y la costumbre de no poder ver ni esperar mayor mal que el que ya habían experimentado los convirtieron en perfectos atletas en las operaciones militares contra Pirro; y el haber reprimido anteriormente la audacia de estos pueblos les puso en condición, sin necesidad de distraer sus fuerzas, de pelear primero con Pirro por defender Italia, y disputar más adelante con los cartagineses por dominar Sicilia.

Después de estos descalabros, los galos vivieron en reposo por cuarenta y cinco años, y conservaron la paz con los romanos. Pero luego que faltaron aquellos que fueron testigos oculares de los pasados desastres y sobrevinieron jóvenes llenos de ardor inconsiderado, sin experiencia ni conocimiento de revés o fatalidad alguna, al instante (lo que es propensión humana) empezaron a remover lo que estaba sosegado, a exasperarse con los romanos por fútiles motivos y a llamar en su ayuda a los galos de los Alpes. Al principio (año -238) estos proyectos se fraguaban en secreto por sólo los cabecillas, sin comunicarlos con el pueblo. De lo que resultó que, adelantándose con ejército los transalpinos hasta Rímíni, recelosa la plebe de los boyos, se sublevó contra sus jefes y contra los que habían llegado, dio muerte a Atis y Gálato, sus propios reyes, y venidos a las manos, se destruyeron entre sí en formal batalla. Los romanos, amedrentados con esta invasión salieron a campaña; pero enterados de que se habían deshecho ellos mismos, se retiraron de nuevo a sus casas.

Cinco años después de este sobresalto, en el consulado de M. Lépidio, se repararon los romanos aquel país de la Galia llamado el Piceno, de donde habían desalojado a los senones por medio de una victoria. Cayo Flaminio fue el que, por congraciarse con el pueblo, introdujo esta ley (año -233), que en realidad debemos confesar fue el origen de la corrupción del pueblo romano y el fundamento de la guerra que se le originó después a los senones. La mayoría de los galos entraron en esta coalición, especialmente los boyos, por estar contiguos a los romanos. Se hallaban persuadidos de que Roma ya no movía la guerra por el mando e imperio sobre ellos, sino por su aniquilación y total exterminio.

Con tal motivo, unidos los insubres y boyos, los dos pueblos más poderosos de la nación, enviaron al punto embajadores a los galos que habitaban los Alpes y el Ródano, llamados gesatos, porque militaban por cierto sueldo: ésta es propia-

mente la significación de esta palabra. Para persuadir y estimular a Concolitano y Aneroesto, reyes de estos pueblos, a levantarse en armas contra los romanos, los legados les presentaron por lo pronto una buena suma de dinero, y les dieron una idea para adelante de la opulencia de este pueblo y de las cuantiosas riquezas que disfrutarían si lograban la victoria. Pero acabaron de convencerlos fácilmente cuando a lo dicho añadieron firmes testimonios de su alianza, y les recordaron los hechos de sus antepasados, los cuales en otra igual expedición habían no sólo vencido en batalla a los romanos, sino que después se habían apoderado por asalto de la misma Roma y, dueños de todo lo que encontraron, la habían dominado por siete meses, hasta que finalmente, restituida ésta de voluntad y por favor, salvos e indemnes habían regresado a sus casas con todo el despojo. Estas palabras inflamaron tanto a los jefes de la nación para la guerra, que jamás se vio salir de estos contornos de la Galia ni ejército más numeroso ni soldados más bravos y aguerridos.

Mientras tanto, Roma, ya con lo que oía, ya con lo que se pronosticaba, se hallaba en un continuo temor y sobresalto. Tanto, que unas veces alistaba tropas, acopiaba granos, juntaba municiones; otras sacaba sus ejércitos hasta las fronteras, como si ya estuviesen los galos dentro del país, cuando aún no se habían movido de sus casas. No contribuyó poco este levantamiento a los cartagineses para promover sus intereses en España sin riesgo alguno. Los romanos, convencidos como hemos dicho anteriormente de que esta guerra les era más urgente por amenazarles más de cerca, se vieron precisados a mirar con indiferencia los asuntos de España, llevando toda su atención el ponerse antes a cubierto contra los galos. Por lo que, asegurada la paz con Cartago por medio de un tratado concluido con Asdrúbal, de que poco ha hicimos mención, todos unánimes atacaron en tales circunstancias al enemigo más próximo, persuadidos de que les era de la mayor importancia terminar de una vez con tales gentes.